

El mismo Empédocles, sabiendo por su ca-
 bellan el P. Aguirre, que me ocupaba de aquel trabajo,
 cuidaba de que yo tuviera todos los datos por lo cual
 varias veces el Sr. García Aguirre me saludaba en el
 seno de la conchagua: con el título de Cronista de S. M.
 De las personas que han escrito sobre estos hechos el Dr.
 Bascb y el conde Kestry, no han podido desmentir su
 mala voluntad hacia México: el general Ramírez Arilla-
 no, mas que la historia del sitio, ha escrito una sesion
 apasionada al general Márquez: D. Juan de D. Arias,
 como si escribiera sin que existiera nada de quienes pre-
 sentaron el sitio, desfiguró enteramente los hechos, con-
 notable detrimiento de la verdad: el Sr. Aranzaga, escri-
 biendo léjos de su país, ha tenido que atender á los datos
 que han salido al público, muchos de ellos contradictorios;
 y el capitán Alberto Llana testigo presencial y que es el
 que ha hecho la mas verdadera narracion, en algunas par-
 tes anecdóticas careció de datos y así quedó su relacion
 incompleta, por lo cual no estoy conforme en muchas par-
 tes con estas obras, atendiendo á los datos que poseo,
 sobre los cuales tengo la conciencia de su certidumbre.

en lugar de Abel, el cual comencé á invocar el nombre
 del Señor, y en él me vendió la tierra.
 Por poco que se considere y examine este pasaje his-
 tórico, se halla en él un pasaje alegórico y profético, que
 mas de una vez debe tener su exacta explicacion y apli-
 cacion en la historia de la humanidad; y por mas que dis-
 guese á los espíritus que tienen en nada la significacion
 histórica, ni consideran en lo mas mínimo, los terribles
 dogmas de la libertad humana y de la Providencia Divi-
 na, una de las veces que tiene esta aplicacion, es en el
 grandioso acontecimiento del sitio de Querétaro, cuya im-
 portancia es inegable, y cuyas proporciones eran crecien-
 do hasta un grado que el mundo no habia visto, á medida que lo
 vamos considerando al traves del primer de los dias y
 de los siglos.

CAPITULO IX.

Memorable sitio de Querétaro.

La historia sagrada nos refiere: que Eva concibió dos
 hijos, Cain y Abel: Abel fué pastor de ovejas, y Cain la-
 brador. Cain ofreció al Señor en presente los frutos de
 la tierra; y Abel le ofreció los primogénitos de su gana-
 do. Y el Señor miró á Abel y á sus presentes. Mas á
 Cain y á sus presentes no miró: y enzóñose Cain en gran
 manera..... Y dijo á su hermano Abel: Salga-
 mos fuera; y cuando estuvieron en el campo lo mató—Y
 dijo el Señor á Cain: ¿En donde está tu hermano Abel?
 ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano
 clama á mí desde la tierra. Ahora pues maldito serás
 sobre la tierra que abrió su boca y de tu mano recibió la
 sangre de tu hermano. Cuando la labrares no te dará
 sus frutos: vagamundo y fugitivo serás sobre la tierra.
 Y el Señor puso una señal á Cain para que nadie lo ma-
 tase; pero luego que salió Cain de la presencia del Señor,
 habitó fugitivo en la tierra.—Algunos años despues, re-
 fiere la misma historia sagrada, que Eva concibió á Seth,

en lugar de Abel, el cual comenzó á invocar el nombre del Señor, y en él fué bendita la tierra.

Por poco que se considere y examine este pasage histórico, se halla en él un pasage alegórico y profético, que mas de una vez debe tener su exacta explicacion y aplicacion en la historia de la humanidad; y por mas que disguste á los espíritus que tienen en nada la significacion histórica, ni consideran en lo mas mínimo, los terribles dogmas de la libertad humana y de la Providencia Divina, una de las veces que tiene esta aplicacion, es en el grandioso acontecimiento del sitio de Querétaro, cuya importancia es inegable, y cuyas proporciones irán creciendo hasta un grado colosal y gigantesco, á medida que lo vayamos considerando al traves del prisma de los dias y de los siglos. El choque rudo y esforzado de los dos principios que allí combatieron: todas las peripecias de aquel sangriento y terrible episodio: su desenlace: la sangre derramada en el siempre memorable Cerro de las Campanas: todo, todo hace de este acontecimiento, un hecho grande que hace época en la historia de México, y que á poco andar, lo veremos ejerciendo una grande y directa influencia en la marcha de todas las sociedades. Esto es precisamente lo que exige la relacion de este hecho, mas que en la de ningun otro, una exactitud absoluta; y con esta conviccion, aseguro que procederé con tan estricta escrupulosidad, que no sentaré un solo hecho, que no me conste por haberlo visto materialmente con mis ojos, ó por constarme su certidumbre de una manera oficial, ó por el testimonio de las personas mas respetables por su criterio, influencia y veracidad. No diré una sola palabra, que de la manera que la diga, no pueda asegurar su certidumbre con mi palabra de caballero y con la fé de cristiano.

En aquellos momentos supremos en que en medio del

sufrimiento se elaboraba la regeneracion de una sociedad moribunda, preciso era pasar revista á los elementos con que se contara para afrontar una situacion difícil; y los elementos contrarios, que eran los que se habian de combatir ó por los que se habia de luchar para suplir. Desde luego habia la voluntad del Soberano, dispuesta hasta el sacrificio, para llenar la mision de su deber; y el resultado vino á demostrar, que en esta vez supo cumplir con él de tal manera, que su comportamiento en los difíciles dias de Querétaro, borró las faltas cometidas en su gobierno, cerrando su vida con su glorioso sacrificio. El general Miramon, habia dado su palabra desde Orizaba, de una noble abnegacion, que debia ser una de las mas hermosas páginas de su vida: el general Márquez, no desmentia su infatigable laboriosidad y el celo heroico por el bien del país, que siempre lo habia honrado tanto: el general Mejía, daba una prueba rara de fortaleza, supliendo con el amor al bien de la patria, las fuerzas que faltaban á su salud debilitada por una larga enfermedad; y un entusiasta patriotismo y amor al orden, distinguia á todos los gefes y soldados de la guarnicion, con muy raras escepciones, pues nunca faltan espíritus débiles que no alcanzan á la altura que exige un grande sacrificio en favor de una causa justa.

Pero no eran menos las dificultades que habia que combatir: el enemigo se habia apoderado de todo el país y con sus grandes elementos debia presentar un grande cuerpo de ejército, con bastantes elementos de guerra: y en la plaza al contrario, el pequeño ejército carecia de recursos pecuniarios y de municiones, que aunque se pidieron violentamente á México, era difícil que llegaran, como en efecto sucedió, pues segun una comunicacion del presidente del ministerio, de 24 de Febrero, no habia fuerza que custodiara aquel convoy sin dejar espuesta

la capital á caer en poder del enemigo; y lo que hacia mas grave la situacion y presentaba mayores dificultades, era uniformar la opinion de sus principales generales, que en mi concepto fué la causa de la prolongacion de aquel sitio, que terminó de la manera que referiremos en este capitulo.

El número de tropas con que contaba el Imperio en Querétaro, era de nueve mil hombres: número muy inferior al de los republicanos, que en dos cuerpos avanzaban sus fuerzas por las grandes carreteras de S. Luis y el Bajío en crecido número, procedentes de los Estados de S. Luis, Aguascalientes, Zacatecas, Durango, Chihuahua, Coahuila, Nuevo-Leon y Tamaulipas uno, y el otro de los de Guanajuato, Morelia, Jalisco, Sinaloa y Sonora; pero la inferioridad numérica se creia suplir con la justicia de la causa y el valor y pericia de los gefes. Procedió el Emperador á organizar su ejército y lo dividió en dos divisiones, una de infantería á las órdenes del general Miramon y una de caballería cuyo mando se confió al general Mejía, dejando una brigada de reserva al mando del general Mendez; repartiendo la artillería en los tres cuerpos. La division de infantería se compuso de los batallones 2º, 5º, 7º, 12º, 14º y 15º de línea, el de tiradores de la frontera, el de cazadores, el de guardia municipal, el de Querétaro, el de Celaya y una compañía de zapadores: la de caballería se compuso de los regimientos 4º, 5º, 7º y 9º de línea, los de lanceros y rifleros de la frontera, exploradores de Puebla y auxiliares de S. Luis, seguridad pública de Cuernavaca, resguardo de Morelos, auxiliares de Durango y algunas guerrillas de Almanza, García y otros gefes; y la reserva la formaron los batallones 1º y 3º de línea y el regimiento de la emperatriz. Quedaban al servicio de las dos divisiones, los generales D. Severo del Castillo, Casanova, Herrera y Lozada, Esco-

var, Valdez, Monterde, Gutierrez, Liceaga, Magaña, Calvo y Moret: tenian el mando inmediato de los cuerpos el general D. Silverio Ramirez y los coroneles Quiroga, Miramon Carlos, Farquet, Redoné, Madrigal, Rodriguez Joaquin, Rodriguez Juan de Dios, Santa Cruz, Villasana, Gayon, Segura, Sosa, Paz y Puente, Campos, Príncipe de Salms, Alegre, Carranza, Zapata y Miguel López, estando algunas fuerzas mandadas por otros gefes de menos graduacion, y la artillería tenia como gefes al general Reyes y los coroneles Ramirez Arellano, Rodriguez Zeferino, Jáuregui y Peza. Todo el ejército quedaba á las órdenes del Emperador; pero desde la junta de oficiales generales habida en 22 de Febrero, el Soberano hizo saber á todos, que como él no era soldado sino marino, el ejército estaria á las órdenes del gefe de su E. M. el Sr. general Márquez.

Esto hirió el orgullo del general Miramon, que si lo habia abatido respecto del soberano de México, no se sentia animado á hacerlo con alguna otra persona, pues habiendo sido gefe supremo de la nacion y tenido con esto bajo sus órdenes á todo el ejército, no se sentia dispuesto á sugetarse á las órdenes de otro gefe, asi es que: puso luego una carta al Emperador negándose á obedecer las órdenes del general Márquez, y ofreciendo que solo por patriotismo y fidelidad á S. M. tomara parte en la primera batalla que se diera luego á los republicanos; pero pedia que se le relevara del mando de la division de infantería, luego que la accion hubiera concluido. El Emperador contestó: que tenia plena confianza del general Márquez para el puesto que desempeñaba, y le recomendaba la subordinacion. A esta carta puso otra el general Miramon, explicando la anterior, y manifestando: que estaba conforme con recibir solo las órdenes por conducto

del general Márquez, y no en quedar á sus órdenes: á lo cual preferia retirarse á la vida privada.

Este incidente, que explica una rivalidad profunda entre aquellos dos caudillos del ejército, es necesario tenerlo presente, porque él va á explicar un poco mas tarde, uno de los pasos que se dieron en Querétaro, y que hasta hoy no se ha tomado en consideracion, la causa de donde procedió.

En la misma junta del dia 22 hizo presente el Emperador, que el ejército emprenderia la salida el dia 26, pues consultando aisladamente la opinion de los generales Márquez y Miramon, los dos opinaban porque debia salirse al encuentro de los republicanos. Con este motivo, el dia 25 pasó el general Mendez una revista á su brigada en el llano de Carretas, dirigiéndoles la alocucion siguiente.

«Soldados: La nueva organizacion que S. M. se ha dignado dar al ejército nacional con motivo de la campaña que va á emprender contra los enemigos de la patria, ha hecho necesario que algunos cuerpos de mi brigada sean separados transitoriamente de ella. —Os lo doy á conocer con profundo sentimiento; porque acostumbrado á combatir con todos vosotros, no quisiera separarme de ninguno. Estos blasones, estas prendas de honor, son vuestras nomás, porque vuestra bazarria y arrogancia en los combates, las han colocado sobre mi pecho. ¡Gracias, amigos míos!—Mientras que algunos de nuestros compañeros y yo, combatimos cerca de la persona de nuestro soberano, otros ireis á pelear á las órdenes de gefes dignos y valientes, que sabrán conducirlos á la victoria. No olvidéis que durante vuestra permanencia en Michoacan, jamás fuisteis vencidos: que no tenga yo el sentimiento de saber que algun soldado de la brigada ha dado un paso atrás. No: todos adelante, al dulce recuerdo de vues-

tros triunfos: derramad primero hasta la última gota de sangre en las aras de la patria, que ver en vuestra frente el negro borron de la ignominia.—En medio de la pelea y en el calor de la refriega á los gloriosos gritos de «Viva la Independencia! ¡Viva el Emperador!» aplastaréis la hidra de la revolucion y podreis conquistar los laureles inmarcesibles de un verdadero y sólido triunfo.—¡Quiera el cielo llegue pronto el dia en que os reunais de nuevo al general que se honra con deciros hoy. ¡Adios mis amigos siempre fieles: adios, mis queridos compañeros: ¡Viva México!»

El dia 27 se hizo concluir la orden del dia de la brigada de reserva con estas palabras. «Soldados: Habeis sido elegidos por S. M. el Emperador como lo mas selecto del ejército mexicano, para que combatais á sus inmediatas órdenes y seais los fieles custodios de su augusta persona.—El depósito que se confia á vuestro valor indómito y nunca desmentida lealtad, es sagrado: la nacion os lo entrega, vuestro deber es devolverlo tal como lo habeis recibido, aunque para ello sea necesario el sacrificio de vuestras vidas. Perecer á su lado ó salvarlo de los peligros, es solo á lo que debeis aspirar y merecereis bien de la patria. ¡Viva México.»

La salida del ejército fijada ya para el dia 26 de Febrero para encontrar al enemigo y batirlo en detall, al fin no tuvo lugar, porque varias personas de la ciudad, apoyadas en su peticion por el general Mejía, solicitaron no se dejara sola la plaza, temiendo la ocupacion de ella por los republicanos; y entónces el Emperador resolvió esperar la llegada del general Olvera con fuerzas de la Sierra, para que él se quedara en la plaza. Y para que mejor pudiera sostenerla en caso de ser atacado en ella, se mandó levantar una línea de fortificacion, que trazó el gene-

ral Márquez como jefe del Estado Mayor y cuyos trabajos fueron ejecutados por el ingeniero general Reyes.

En espera del general Olvera se pasó hasta el día 5 de Marzo en que se pasó una revista general al ejército, que fué mandada por el general Miramon, asistiendo á ese acto el Emperador, que sin cesar era victoreado, no solo por el ejército, sino por la numerosa concurrencia de los vecinos de la ciudad, que presenciaban aquel entusiasta espectáculo. Cuando concluyó la gran parada, que ya fué entrada la noche, ya se replegaron á la plaza algunas avanzadas de las mas distantes, porque sus puntos habían sido ya ocupados por el enemigo.

Aquella noche fué de grande agitacion: todo el mundo la creia vispera de un importante acontecimiento; y segun la disciplina de algunos cuerpos del ejército imperial, el entusiasmo de todos así gefes como soldados, la grande pericia y habilidad con que el coronel D. Zeferino Rodriguez jugaba la artillería como lo manifestó en la revista del día 5 en presencia del Soberano, se tenia una confianza tranquila, y se veia amanecer el día siguiente como el marcado para que el Imperio adquiriera un triunfo que cooperara casi definitivamente á su consolidacion. En la madrugada del día 6, Maximiliano montó á caballo, y acompañado de su Estado Mayor reconoció los puntos que le pareció convenientes fuera de la Ciudad.

La primera luz del día 6 alumbró al ejército imperial en el campo de batalla donde desafiaba á su enemigo á una accion campal: la línea formaba un ángulo, cuyo centro se apoyaba en el Cerro de las Campanas, donde se habia determinado fijar el cuartel general; la ala derecha se extendió hácia el Norte hasta la garita de S. Miguel, y la izquierda la formaba hasta Casa Blanca la division de caballería del general Mejía. Todo fuera de la ciudad, para librar á las familias de los horrores de la guerra.

Cuando el Emperador volvió de su reconocimiento, fué recorriendo toda la línea, visitando cada uno de los cuerpos, exaltando el entusiasmo de los gefes, hablando familiarmente con los soldados, y pocos de su vida habria sido testigo de un entusiasmo verdaderamente mas conmovedor.

El enemigo se fué presentando al Valle á donde confluyen los dos caminos que habia seguido; y se pasó todo el día, sin que iniciara movimiento alguno. Ningun cuerpo dejó su posicion correspondiente en la línea, esperando que al día siguiente tendria lugar el combate, supuesto que ambos ejércitos se hallaban frente á frente: el imperial constaba de nueve mil hombres; el republicano, segun el general Magaña, ascendia á 35,000 hombres; y segun los exploradores del general Mejía, era de 28 á 30,000.

Ese día pasó el Emperador al ejército la siguiente orden general. «Soldados: Estamos en visperas de sucesos que van á decidir definitivamente la suerte de nuestra querida patria. No es la ciega ambicion ni el espíritu de partido lo que nos ha impelido á esta campaña: deseos y deberes mas nobles ponen hoy la espada en nuestras manos; la consolidacion de nuestra Independencia y el pronto término de una guerra sangrienta que conculca los vínculos sociales. He aquí todo nuestro anhelo: pensad bien esto y luchad con valor, energía y constancia, resueltos á alcanzar el triunfo como premio de vuestro probado patriotismo: y si la Providencia nos protege, cuando seais vencedores, no olvideis respecto de los vencidos, vuestros deberes de soldados que pertenecen á un ejército moralizado: que no se empañe vuestra gloria con hechos que pudieran tacharse de ilegales: tened presente lo que os he recomendado en mi último decreto y dejad á una severa justicia el cuidado de castigar á los criminales, pues no debéis nunca arrogaros esta facultad.

La ley se cumplirá: y vosotros, si la suerte nos es propicia, conservareis sin mancha el brillo de nuestras armas. ¡Soldados! ¡Viva México y su Independencia!—Maximiliano.—Campo en el Cerro de las Campanas de Querétaro, á las diez de la noche del 6 de Marzo de 1867.»

Los dias siete y ocho pasaron en el mismo silencio que el anterior, y el nueve en la tarde, el general Mejía hizo un movimiento con la caballería de la frontera, tanto para reconocer al enemigo en su posicion de San Juanico, como para introducir á la plaza algunas semillas y pasturas, como en efecto lo hizo con un feliz y acertado movimiento.

El dia 11 el ejército republicano empezó á practicar un movimiento, para voltear sobre la derecha la línea imperial: ocupó los cerros de Paté y Carretas, que dominan absolutamente la Ciudad: enarboló allí un estandarte; y cortó el acueducto que de aquellos puntos se dirige á la Ciudad. A consecuencia de esto el general Miramon salió á la una de la tarde con el batallón de tiradores, el 7º y dos cuerpos de caballería de la frontera; pero como el enemigo esquivara el combate apesar de sus ventajosas posiciones, que abandonó precipitadamente, la columna volvió á la plaza despues de componer el acueducto, y recogiendo los víveres abandonados por los republicanos, entre los que, habia una partida de ganado vacuno y lanar.

Entrada la noche de ese dia, el enemigo siguió su operacion de voltear la línea, ocupando los puntos de donde en el dia fué desalojado y extendiéndose hasta la Cuesta China, por donde baja el camino de México. Este movimiento lo avisó el general Mendez al general Márquez primero y despues por orden suya lo hizo al Emperador: y con ocasion de esto, el general Márquez aconsejaba trasladar al Cerro de las Campanas todo lo que habia

en el convento de la Cruz: preparar las columnas en la madrugada, para dar al enemigo un asalto al rayar el dia; y si no se alcanzaba una victoria completa, á lo menos se le haria sufrir al enemigo un fuerte descalabro y tomar la Estancia de las Vacas, que era una posicion mas ventajosa, concluyendo con estas palabras, que refiere en su manifiesto. «Yo le respondo á V. M. del buen éxito de este movimiento, que es tanto mas seguro, quanto que el enemigo no tiene ni la menor idea de él.—A todo esto me contestó el Emperador. «Deseo consultar con los generales Miramon y Escovar.» Hice que se presentaran en el acto, é impuestos del asunto é interrogado Miramon por el Emperador sobre su parecer, le dijo. «Señor: no veo la situacion tan apremiante, ni hay necesidad de ese movimiento, y menos de tomar una resolucion definitiva sin conocer todavia las intenciones del enemigo. Esperemos con calma para ver lo que se hace, y mas tarde resolveremos lo que convenga.» Entre tanto con que la brigada Castillo ejecute un cambio de frente es bastante. Escovar fué de la misma opinion, y el Emperador dijo que esa era tambien la suya: en esos momentos se presentó casualmente el general Castillo y se le dió la orden por Miramon para que hiciera un cambio de frente á retaguardia sobre la extremidad de la ala izquierda de su línea.»

Para ejecutar este cambio, se mandó al general Castillo que previamente hiciera un reconocimiento del enemigo en el pueblo de San Pablo á tres cuartos de legua de la plaza, lo cual se hizo con los batallones 7º y de cazadores y el regimiento de la Emperatriz. «Fué este lance el primer ejemplar, dice el general Magaña, del brio de los sitiados, pues parte de la tropa de ellos, no satisfecha con haber dispersado á un enemigo siete veces mas numeroso, trepó sobre las bóvedas y torre del templo.»